

más alto que la plaza un monstruoso globo encarnado que tambaleaba perezoso, recibiendo el gas, y se bamboleaba preso en su red inmensa á impulso del viento.

En la extensa plaza brillaban las hermosas con sus tocados de pluma, sus perlas y brillantes en el cuello, sus vestidos de punto ó de tela riquísimos.

En gradas y palcos lucían los vistosos uniformes de militares, los fracs áridos color de pasa y verdes con botones dorados, de los paisanos; hábitos y mantas, trajes talares de colegiales y trajes de *payos*, cortesanos con sus *cueros* bordados de oro y plata, sus chalecos blancos y sus calzoneras de paño riquísimo.

La propagación del traje negro, la ropa hecha, la uniformidad de las importaciones, han robado sus preciosos matices á esas reuniones, que realizadas por nuestra luz vivísima, animadas por gritos de vendimias y dándoles alegría las músicas marciales, eran encantadoras.

La inflazón del globo no llegó á verificarse por más que se hicieron prodigios. Los empresarios dieron orden de que nadie saliese, lo que puso en familia á la concurrencia; pero después asomó su cara el fastidio, se hizo sentir el hambre, y el sitio fué atroz. El contrabando aprovechó la ocasión: valía una naranja un peso, y un peso un cucurucho de almendras.

Los pollos insolventes como yo, pasaron increíbles agonías.

Por fin, el globo no subió, la gente se retiró mohina y Adolfo Teodore, después de bien silbado y de arrojar

sobre su globo cáscaras y basuras, tuvo que esconderse para no ser víctima de la ira del pueblo contra el volador.

El café de «El Aguila de Oro,» en que no había fijado la atención, y era el emporio, el palenque y el receptáculo de los escoceses, ardía con las noticias del pronunciamiento de Cuernavaca, la venida de un nuevo congreso, la dictadura de Santa-Anna y poco después su campaña de Zacatecas.

Entonces oí hablar por primera vez de D. Fernando Calderón, poeta ya afamado, que, como coronel de guardia nacional, se había portado heroicamente en la acción de Guadalupe, de la que salió mortalmente herido de un machetazo en el cráneo que mucho le hizo padecer.

Como á pesar de mis inclinaciones poderosas de *dolce farniente* y á la sociabilidad, la mano helada de la pobreza me despertaba de mis sueños, no solo asistía puntual á mi oficina, sino que estudiaba con afán y me procuraba pequeños arbitrios, porque como *otra Belice* era un objeto privilegiado de la codicia de *los ingleses*.

Estas diligencias para cubrir el presupuesto, me llevaron como escribiente al estudio del padre D. Basilio Arrillaga, personaje prominente del partido clerical y verdadero oráculo para las decisiones eclesiásticas.

Era el padre Arrillaga hombre de más de cincuenta años cuando le conocí; alto, blanco, rosagante y de ojos negros y mundanales.

Fungía, entre otros encargos, como capellán de Santa Brígida; poseía una riquísima biblioteca; era su palabra fácil, apasionada y campanuda, y su erudición realmente asombrosa.

Distinguíame con particular afición, me hacía leer la Biblia y los Santos Padres con asiduidad inverosímil, y era de ver mis saltos de la casa del sabio jesuita á la de mi bienhechor Quintana Roo, donde Heredia, Zavala, Rodríguez Puebla y otros, olían á azufre á legua y dejaban sin cara en que persignarse á San Constantino y á Gregorio VII, á San Ignacio de Loyola y á San Pedro Arbués.

Algunos versos que publiqué en «El Sol» y «El Cosmopolita» con motivo de la frustrada ascensión de Adolfo Teodore, renovaron mis relaciones con la alta sociedad que me había favorecido y me hacía flotar entre las tertulias de Goñi, Angulo, Lombardo, Echeverría, del Lie, Pérez Rivas, Heredia, Bonilla y los Generales Parres, Gutiérrez y otros, y los bailecitos caseros de vivienda interior ó de barrios lejanos del centro, y las Profesiones y Cantamisas á que me indilgaba el Padre Arrillaga.

¡Oh, cuán lindo es el despertar del sentimiento en el alba de la vida! ¡Oh, cuán hermoso y bello es el campo de luz que deja caer el ángel de la niñez al besar piadoso la frente del joven que le vuelve la espalda deslumbrado con la hermosura de la mujer!

En ese año de 34 conocí á mi María idolatrada, á la María de mi alma. . . .

Fué para mí como una aparición; la ví como aque-

lla estrella de mar que deja la tómpetad sobre una roca, de que habla Víctor Hugo.

Todo lo que sentía en mi alma de luminoso, de tierno, de perfumado y santo, encontró forma en la fisonomía de aquella niña . . . sobre cuyo nombre caen ahora después de cincuenta años mis lágrimas, mis bendiciones y mis besos. . . .

Voy á narrar este acontecimiento, por la influencia decisiva que tuvo en mi vida.

Entre los paseos populares que en aquella época tenían gran boga en la Pascua de Espíritu Santo, era el paseo de Belén; ó, más propiamente hablando, del *Pradito de Belén*.

El teatro de este paseo campestre era un extenso potrero vecino de Belén de las Mochas y de la Santa Casa de Ejercicios, rompiendo la continuidad de tantos lugares una cerca de jacales miserables que parecía como guareciéndose de la intemperie á la entrada de la llanura, formando calle.

Las vacas y las cabras y borregos, con inesperada cortesía, se aislaban al extremo del potrero, dejando el campo libre á los paseantes, que eran en gran número.

Fecundos matrimonios con numerosa prole, y la señora diciendo con su aspecto *suma y sigue*; los chicos con sus papelotes ó *palomas*. Artesanos, empleados de poca fortuna, niñeras, sacristanes y *peladaje* arriesgado con sus guitarras y bandolones, arpas y dulzaina para armar fandangos al aire libre.

Había sus catrines cazadores, disfrazados con sendos

lorongos y anchos sombreros, en pos del amor barato; colegiales que se hacían los filósofos con sus esclavinas de bayeta, calzado bolsudo y su descuadernado equipo, reclinados en la verde yerba, siendo de advertir, que ni un árbol, ni una planta, ni un arroyo interrumpían la tersura del verde tapiz.

Vendedoras de tamales de chile, de dulce y de capulín; *tapabocas* y *bollos de á ocho*, cajones con ponteduros, pinole ó garbanzos tostados, charamuscas y muéganos, hacían invitar al apetito y al gusto de la infancia; maromeros con sus pitas, toros de cuero, monitos de vidrio que arrojaban agua ó ciertos pequeños cilindros de badana con una abertura chillona y coronados por un periquito de barro, que era un primor.

En bandadas los muchachos, afectos á la igualdad, invadían los *praditos*, y aquellas eran carreras y *machincuepas*, juegos y riñas.

De modo que en ciertos momentos, los papelotes volando, los músicos alegrando el viento, los bailarones desporrongándose de alegría, los vendedores pregonando sus vendimias y los chicos y los canes saltando y correteando, daban aspecto animadísimo al cuadro decorado en lontananza por nuestras inmensas cordilleras del Oriente y el Sur, nuestros volcanes, nuestros lagos y nuestras pintorescas arboledas.

Por supuesto que yo me desmorecía por semejantes fiestas; así es que, dejar la aduana, mal comer y partir como flecha al *Pradito*, lo hacía en menos de lo que diera un estornudo.

Era el segundo día de la fiesta: con mi inseparable capotillo, leve como gasa y casi transparente; mi Chantreau bajo el brazo, descuadernándose; ligero, riente y rico de bienestar y alegría, atravesé la ciudad y me encontré en las calles de San Juan, donde se percibía por los papelotes, borregos y grupos de familia, la afluencia de gente animadora del *Pradito*.

La calle de San Juan, con sus recauderías y vendimias en las esquinas; su tránsito de lavanderas, artesanos y chicas flotantes; sus carnicerías y boticas, sus pulquerías y figones en gran número, siempre fué de mi predilección.

Caminaba saludando cariñoso al médico Torices en su balcón; á los *chatos Flores*, ricos propietarios del barrio; á D. Pablo Córdova, circunspecto mayordomo de San Juan; á D. Mariano Lis, boticario sin segundo, y á las chicas y amigos para quienes era un terrón de amores.

Había llovido; la acera oriental de la calle, con sus puertecitas como cuevas, sus balcones al alcance del brazo y sus atolerías sucias y desmanteladas, estaba intransitable; la banqueta llena de lodo, angosta, de no caber cómoda más que una persona, y con las losas flojas y desequilibradas, hacían el camino intransitable.

Aun no se levantaba airosa la casa esquina de las Vizcaínas, que hoy llama la plebe *seis de copas*; aun no se desplegaba la balconería que da la espalda al Callejón de San Ignacio, cuartel general de pecados mortales, ni el baño de Tumbaburros abría sus amplias puertas á la gente de piedra y tendadero.

Caminaba bobeando y viendo para todos lados, cuando llamó mi atención en uno de los balcones de sobre la Panadería de San Juan, una niña de doce años á lo más, que daba á una colosal muñeca que tenía en el brazo, cuenta de lo que se veía en la calle: yo me fijé en ella, y viéndola, viéndola, perdí el equilibrio, trastravillé, abrí los brazos y caí, regándose como chorro las hojas de mi Chantreau.

Corrido y amostazado alcé la vista, y la chica con su muñeca reía tan ingenuamente, tan de buena gana, que desarmó mi cólera.

Sin vacilación, y por un movimiento maquinal, me senté en el suelo, y con el mayor desparpajo reuní las hojas de mi libro, las ordené y apreté la pasta infiel; pero esto en medio de las risas de la chica, correspondidas por mí con la más sincera alegría.

Era la niña de hermosas facciones, de dentadura que hacía luz cuando desplegaba los labios, y de unos ojos negros y brillantes, sobre todo lo imaginable en punto á expresión de ternura.

Seguí mi camino; pero aquella aparición, aquella impresión, fué para mí profunda é imborrable.

Indagué curioso, y supe que se trataba de una niña de opulentísima fortuna que residía frecuentemente en una de las haciendas de su padre, quien retraído con las preocupaciones de la riqueza, el apartamiento campestre y cierta aspereza intolerante unida á la temprana edad de la niña, recibiría pésimamente al coplero desdichado, quien sembraría de espinas, con sus galan-

teos, la senda feliz que pisaba la señora de sus pensamientos.

Desde entonces, aunque seguí flotando á merced del oleaje de mi caprichosa fortuna, en mis horas de angustia y amargura me parecía ver un punto luminoso que brotaba en aquella tiniebla que irradiaba y se extendía vaporoso y celeste y que me descubría aquel semblante risueño, como una esperanza cierta de venturoso porvenir.

Desde entonces aquel recuerdo era para mí como un oratorio escondido y silencioso al que me retiraba reverente á tener mis conferencias con una divinidad desconocida y piadosa, á poner sobre su altar cuanto mi inteligencia producía de más aromático y divino: era aquel recuerdo como una altura desde donde abarcaba horizontes deliciosos y recreaba mi mente con el *mirage* de otra existencia, aérea, ideal, fantástica y angélica!

La aparición risueña, yo la dictaba de lo más perfecto que podía concebir en mi espíritu, y sin saberlo yo, nacía en mí ese ideal divino sin el que las más altas aspiraciones del hombre son rastreras y sin el que la poesía muere en su tallo sin colorido y sin aroma.

Desde entonces un elemento puro de bien y de grandeza tuvo forma delicada y bella á mis ojos, que se me aparecía en las sendas peligrosísimas que recorría, señalándome bienhechora el buen camino.

Comenzaron los osos. La chica se cuidaba bien poco de mis asiduas centinelas; los vecinos curioseaban,

las muchachas de mi conocimiento reían, y como la casa de la niña era casa de comercio y los dependientes canes celosos que guardaban su entrada, no era fácil ocurrir á su aguador condescendiente, ni á mercachifle codicioso, ni á vieja contemporizadora, ni á vehículo alguno para comunicar mis ansias.

Me decidí á escribirla.

Mis lecturas bíblicas, mi ingenua admiración por los místicos, mi pasión por el modo de decir de Heredia, hacían del mío un estilo tan parabólico, tan exagerado y conspicuo, que me da vergüenza acordarme de aquella primera carta.

En fin, la escribí; esperé á que se cerrara la negociación, púseme resuelto al pie del balcón, pedí un hilo conductor de mi carta. y así comenzaron mis primeros amores.

Tan luego como se percibió papá suegro de mis solicitudes, después de llamarme poetilla y trapiento, de augurar que moriría con un plato en la barriga en un hospital, etc., etc., el día menos pensado se llevó á la familia á la hacienda, como para saldar cuentas bruscamente.

He ahí que yo en menos que canta un gallo fingí en mi magín un castillo feudal con su señor come gente y rabioso, sus vasallos serviles, y yo me gradué de trovador sentimental con la lira entre las manos al pie del alto muro, entonando las endechas más tiernas y sentidas al resplandor de la luna y al murmurar quejoso de las ondas apacibles del lago.

Sea como fuere, el deseo de contraponer á la bestial riqueza de mi adorada, algo de alguna valía, me hizo estudiar más asiduamente literatura y buscar el contacto de los periodistas, con la esperanza de que mi nombre llegase alguna vez á los oídos de María.

La fortuna me deparó ambas oportunidades.

Luis Martínez de Castro me presentó en una reunión de literatos y poetas en ciernes, y no recuerdo quién en el mundo periodístico.

Vivía entonces en la calle de las Escalerillas núm. 2 el Sr. D. Francisco Ortega, distinguido literato, hábil periodista y versificador fácil y correcto.

Inmaculado en su manejo como hombre y empleado público, se hacía muy respetable como ejemplar padre de familia.

Tenía cinco hijos: Eulalio, Francisco, Aniceto, Lázaro, Crescencio, y una niña Isidorita que, andando el tiempo, fué digna esposa del Dr. Lucio; era la familia un ramo de inteligencias preciosas, y un alhajero de joyas de virtud.

El Sr. Ortega y la señora su esposa se habían consagrado con religioso empeño á la educación de sus hijos, y para crearles atractivos dentro de su casa misma, les había procurado una mesita de billar y otras distracciones, como la música. Con sagacidad benéfica había atraído á su casa jóvenes que cultivaban con aprovechamiento las letras y, por último, había establecido una imprenta en los bajos de la casa, para que sus hijos aprendieran ese arte: de suerte que deste-

rrado el ocio, con encantos el trabajo, la amistad con su pureza, la música con sus seducciones, y con la amabilidad y sabiduría la señora y el Sr. Ortega, concurrían con el mejor éxito al perfeccionamiento de la educación de los chicos.

Formaban la amena tertulia de la casa de Ortega, Luis Martínez de Castro, que murió como héroe en Churubusco; Antonio Larrañaga, que entonces á los diez y seis años comentaba á Tácito, asombrando á los mas eruditos; un joven Silva, elocuentísimo, que fué después sacerdote; Ignacio Rodríguez Galván, obscuro dependiente de su tío el librero D. Mariano Galván y que, advenedizo, me santificaba y corregía para hacerme digno de mis amigos.

Martínez de Castro era hijo de un probo Magistrado de la Corte de Justicia, honra de nuestro Foro y hermano de Petrita Martínez de Castro, esposa del Mayorazgo Guerrero, reputado como joya de la alta sociedad mexicana.

Martínez de Castro tendría entonces diez y seis años; era bajo de cuerpo, ancho de espalda, de ojos saltones y nariz roma, escaso en palabras, reservado y discreto, de moral severísima, pulcro en su vestido y sus palabras, estudioso y lleno de bondad para cuantos le trataban.

Había estado en la escuela conmigo; aprendió matemáticas, con aprovechamiento, con D. Manuel Castro, y era orgullo de su maestro D. Juan Palacios, en cuanto á la posesión perfecta del inglés.

Y aquel carácter que parecía concentrado y repelente, y aquel joven delante del cual no nos atrevíamos á dar suelta á la sin hueso con las desviaciones permitidas á la edad, era no obstante sarcástico, festivo y juguetón con la pluma, dándose después á conocer por los artículos humorísticos, entre los cuales el titulado *Don Pomposo Rimbomba* le granjeó una reputación elevada, y caracterizó á D. José M^a Tornel, ministro de Santa-Anna.

Larrañaga era chiquitín, cabezón, pálido, nariz de pico de águila. Tenía un barragancillo verde y un sorbete desmesurado como para corregir y aumentar su exigua humanidad.

Leía sin descanso, y sabía mucho y fundamentalmente. Su familia, de tradiciones muy aristocráticas y piadosas (Flores Alatorre), bien habría querido verlo un Santo Padre de la Iglesia; pero aquel carácter era muy independiente y muy resuelto: entró al Colegio de Jesús, se apasionó de Olaguibel, de Couto, de Mora y de Fariás, devoró á los enciclopedistas, á Voltaire, á Rousseau y compañía, remató para él y su espíritu la revolución francesa que sabía de memoria, se identificó con sus hombres y se impuso á los liberales más avanzados en ideas, cuando apenas tendría quince años.

La caída de Fariás lo tenía como loco; asistía á las discusiones de la Cámara, y desde la galería desmentía á los diputados serviles, lanzándole del recinto los policías.

Muchas veces, de resultas de una de esas discusio-

nes, caía en cama y en ella pedía, en medio de sus dolores, papel y tinta para contestar al diputado que le había producido el derrame de bilis.

Formaban contraste en aquella naturaleza raquítica, sus gigantescos planes políticos y sus proyectos de transformación social, como él decía.

Larrañaga murió muy joven, murió despedazado por su cerebro, murió como caen esos muros que se levantan sobre las raíces de árboles gigantescos que los cuartejan, y derriban el obstáculo á su desarrollo y engrandecimiento.

Hagamos que dé su grito de *presente*, en esta revista, Ignacio Rodríguez Galván.

Era nativo de Tizayuca, poblacho del rumbo de Pachuca, dotado de tres monumentos que, si no le daban celebridad alguna, le valieron el nombre y los honores de pueblo.

Estos tres monumentos eran una iglesia que servía á las mil maravillas para esquilmar y embrutecer á los indios. Tenía tienda en que el chinguirito hacía el principal papel y las atarrias y aparejos figuraban entre los comestibles; y una pileta con agua salobre para gentes y bestias, á la que llegaban ansiosas, y se retiraban haciendo gestos los consumidores.

El aspecto de Ignacio era de indio puro, alto, de ancho busto y piernas delgadas no muy rectas, cabello negro y lacio que caía sobre una frente no levantada pero llena y saliente; tosca nariz, pómulos carnudos, boca grande y unos ojos negros un tanto parecidos á los de los chinos.

Era Ignacio retraído y encogido, y solía interrumpir su silencio meditabundo con arranques bruscos y risas destempladas y estrepitosas.

Entró como dependiente á la casa de su tío D. Mariano Galván, en su librería del portal de Agustinos; aseaba y barría la librería, hacía mandados y cobranzas, y por su aspecto y pelaje parecía un criado.

El tío le alojó en su casa en su observatorio astronómico, de suerte que sus primeras relaciones fueron con los astros y con el infinito. Acaso alguna idealidad de las obras de Rodríguez refleja estas primeras impresiones.

En la librería había tertulia perpetua de literatos chancistas, clérigos de polendas, como el Dr. Quintero, Moreno Jove y otros, y poetas como Couto, Carpio, Pesado y alguno más.

La discusión sobre libros y asuntos literarios impresionaron á Rodríguez, que no leía sino que devoraba los libros, sobre que llamaban la atención los parroquianos de Galván.

Por sí, y con trabajo asiduo sobre toda ponderación, emprendió el estudio del francés, del italiano y del latín, y se proveyó de una erudición asombrosa en escritores y poetas españoles.

En esa época dominaba la escuela romántica. *Han de Islandia* nos hacía dormir con los ojos abiertos, y la *Torre de Nesle* nos conducía al arrobamiento de la admiración y el entusiasmo.

Rodríguez se lanzó de bruces á la escuela romántica.

ca, y su vestido y su larga cabellera, su andar trágico y sus paseos solitarios, lo constituyeron en un tipo es-trambótico de esa escuela.

Sus gustos, sus modales, su conversación, se resentían de su pasión romántica; pasaba de las lágrimas á las risas, del heroico caballero al bufón, del trovador enamorado al rústico intolerante.

Lamentaba, como el gemir de Satán, las roturas de sus zapatos; se quejaba, como Dido, de las distracciones de la lavandera, y las escaseses las veía como obras de su mal sino y como predestinación al infortunio y la desesperación.

Después de mucho leer y estudiar reservado y recóndito, escribió varios versos que remitió á un periódico de Veracruz con el nombre de *Isidoro de Almada*, entre los cuales había unos *al Buitre*, que llamaron la atención.

Ensayó también un drama que se titulaba el *Frecito*, en que ángeles y demonios, monstruos y vestiglos, frailes y chinas, reyes y mendigos andaban á las vueltas, y en que los *trancos*, no actos, abarcaban infierno, cielo y tierra en desastrada confusión.

Pero estos ensayos nadie los sabía ni sospechaba siquiera. Rodríguez asistía á la casa del Sr. Ortega como un chico estudioso y de excelentes cualidades, no obstante su susceptibilidad y extravagancias.

Al ver tan aventajada concurrencia en su casa, el Sr. D. Francisco nos dió algunas lecciones de latín y de literatura, llevando á nuestras reuniones, de cuando

en cuando, al Sr. D. Manuel Carpio, que era visita constante de la casa.

Nosotros, para nuestro solaz íntimo, creamos y redactábamos un periódico manuscrito titulado *Obsequio á la amistad*, en que había artículos llenos de verba de Eulalio Ortega, versos míos, poesías muy bellas de un Sr. Ximeno, dependiente de la imprenta, y que jamás quiso figurar como literato; artículos satíricos de Martínez de Castro y estudios de Orozco y Berra.

Si por el lado literario las cosas presentaban risueño aspecto, por mi oficina las cosas se pusieron castaño obscuro.

Eran mis jefes D. Joaquín Lebrija, Administrador; D. Ignacio de la Barrera, Contador, y D. Mariano Domínguez, Tesorero, con licencia para desempeñar una magistratura en la Corte de Justicia, supliendo sus veces D. José Luis Rojas.

El primero, alto, rosagante, carundo, de risa franca y desenfadado, simpático, humano y generoso.

El segundo, delgado, arrogante, de imaginación vehemente, lleno de erudición, burócrata honrado y severísimo, y el tercero, hombre de oscuros antecedentes, pero rimbombante y pretensioso, pelo levantado, pecho saliente y de gran prosopopeya en las acciones y palabras; los causantes le pusieron por apodo *el Moro Babú*, que correspondía á su porte y á su importancia.

La oficina era un extenso y amplísimo salón con mesas laterales, sin departamentos para los jefes, y la Tesorería una quiebra para mesas separadas, y en el

fondo del salón una virgen de Guadalupe de tamaño colosal, con sus velas ardiendo.

Las mesas de *pases* y la del *viento* eran tumultuosísimas: en la primera, arrieros, carreros, tenderos de abarrotos, pelones bruscos y desvergonzados, corredores, etc., y en las segundas, introductores de semillas, paja y ladrillos, indios burreros, etc., con sus familias, sus chicos llorones y sus canes retozando como en su casa.

Tenían aquellas secciones más aspecto de panaderías ó carnicerías que de oficina; veíanse en un bosque de brazos los documentos aduanales: había sus gritos y sus chanzas . . . y la mar!

Aquellos causantes, después de detenidos, registrados ó magullados en la garita, después de dejar allí la prenda muchas veces consistente en su único abrigo, de pasar la noche en el mesón ó al raso en una plazuela por estar cerrada la oficina, iban á pasar por una carrera de baqueta de trámites que hacía la impaciencia consiguiente.

En la mesa más importante del Viento me encontraba yo con otros compañeros.

Y ya sea mi carácter escurridizo, ya mi velocidad en escribir, ó ya lo que se quiera, mis dimes y diretes le hacían notable, al extremo de cambiarme dándome la encomienda de llevar unos libros en la Contaduría.

Entonces se puso en evidencia mi aptitud para los números; mis distracciones entonces eran frecuentísimas; mis excursiones á la *Confrontación*, situada en el entresuelo, donde solíamos almorzar de lo lindo, dejaban-

do que reventaran los *paganos*, como llamábamos á los causantes, y entonces eran sumas erradas y partidas suprimidas; pero sobre todo, mi poca aptitud de hacer asientos monótonos y operaciones maquinales, me hicieron pernicioso como tenedor de libros, al extremo de consultarse mi separación de la oficina, lo que fué un golpe mortal para mí.

El Sr. Lebrija desempeñaba por entonces el Ministerio de Hacienda; pero en esa ocasión guardaba cama por enfermedad.

En mi tribulación solicité hablarle, le impuse de mis cuitas, y, después de quedar un tanto pensativo, me dijo:—He, serénate, no correrá la consulta—Siéntate en un lado de mi mesa, recibe los papeles que vengan, y te espero todos los días para que me des cuenta. Serénate, no aflijas á tu madre ya veremos. Pero esto dicho con tono tan paternal y con tanta dulzura, que yo salí de la entrevista como un aleluya.

El Sr. Barrera, que obraba comprometido por mis diabluras, pero que era bueno y sin hiel, se conformó con lo acordado, y yo sin grande enmienda me preparé á mis nuevas tareas.

A los dos días de mi entrevista, subí cargado de papeles á dar cuenta, y logré hacerlo tan á gusto de mi jefe, que se hizo lenguas en mi elogio. Me ordenó que comiese con él—que comía muy bien, como buen veracruzano—y que me pusieran en el despacho mesa separada.

A los muy pocos días estaba encargado de su co-

rrespondencia—redactaba informes; se me concedió una gratificación—y hube cierto rango, muy rebajado por mis excursiones á la calle, mis amistades con los otros empleados de mi jéez y mis excursiones á los corredores de la parte alta del edificio, que eran tránsito de amas de llaves, nodrizas y pilmmas, costureras, recamareras y visitas de las familias de los jefes.

Era mi amistad predilecta por ese entonces Don Manuel Payno, hijo del immaculado empleado Don Manuel Payno, eminentísimo en conocimientos sobre hacienda, de modestia suma y dechado de altas virtudes.

El Sr. Don Manuel fungía como vista en la aduana, aunque por su saber estaba lleno de delicadísimas comisiones y figuraba muy alto entre las eminencias fiscales, como Don José Ignacio Pavón, Don José de la Fuente, Don Agustín Ruiz, Alamán y Mangino.

Manuel Payno era meritorio de la Dirección General de Rentas; su buena letra y su expedición para los negocios, así como su finura general y el influjo de su ilustre padre, le hacían estimable en la oficina, y su buen decir, su amabilidad y talento le abrían campo en la buena sociedad.

Era Manuel de color apiñonado, de cabello negro y sedoso, de ojos hermosos de sombría pestaña; esmerado en el vestir, pulcro en sus maneras y de plática sabrosa y entretenida.

Pero lo que llamaba la atención, eran ciertas excentricidades que le hacían singular en extremo.

Jugaba con las señoras ancianas á la baraja, les ha-

cía suertes á los chicos y era la admiración y el encanto de las polluelas.

Leía y estudiaba con su padre y sus jefes; disponía tertulias y frascas con jóvenes de buen tono de su tiempo, como Juan Peza, Nacho Algara, los hermanos Suárez, los Peñas y otros, y siempre tendiendo á penetrar en los círculos aristocráticos y negociantes ricos. Manuelito Payno era citado como el adorno de las reuniones selectas.

En la casa del Sr. Lic. Domínguez, que era, como se ha dicho, Tesorero de la Aduana, había frecuentes y escogidas tertulias; allí jugaban malilla ó tresillo los señores formales; y las polluelas, ó cantaban y bailaban ó jugaban á juegos de prendas, ó disponían un día de campo, ó preparaban posadas, rifas de compadres, lotería ú otras diversiones con el mayor primor.

Paynito, ó era tallador en el montecito, ó pregonaba los cartones en la lotería con toda su sal y pimienta, llamando al 8 los anteojos de Pilatos, al veintidós las palomitas, al 90 el viejo, etc., con alusiones á la concurrencia que hacía desternillar de risa á los más encopetados y circunspectos caballeros.

Cada lunes y martes, con diferentes objetos de su advocación, recorría desde la sonrisa platónica hasta los preliminares del suicidio, y cuando en lo íntimo narraba sus aventuras con desgaire ingenuo y con naturalidad inimitable, nos tenía lelos de admiración por aquel talento que preludiaba al narrador inimitable.

Payno me llevó á su casa, me sentó á su mesa, me